



X

No pudo soportar mucho tiempo el egoísmo del Emperador la ausencia de Luis Quijada, y el 10 de Agosto (1557) envióle un propio a Villagarcía mandándole volver a Yuste.

No sospechaba Luis Quijada la conspiración que contra él urdía toda la reducida corte de Yuste con el propio Emperador a la cabeza. El 17 de Agosto el secretario Gastelu, que estimaba en mucho a Quijada, escribía desde Cuacos con grande misterio al secretario de Estado Juan Vázquez: «Si Luis Quijada viniere ahí, y se le ofreciere algo que le toque, Vuestra Merced tenga la mano para que sus cosas sean favorecidas, porque sé que se lo merece, y es bien contentalle, agora que se ha de tratar de su quedada aquí y que traiga a su mujer: pero sea para Vuestra Merced...»

Llegó Luis Quijada a Yuste el 23 de Agosto, y al día siguiente, al acabar de comer, tiró el propio Emperador de la manta, proponiéndole lisa y llanamente quedarse en definitiva a su lado, trayéndose a D.^a Magdalena y a toda su casa a Cuacos... Asustó a Luis Quijada la propuesta,

pensando quizá en Jeromín lo primero, y después de varias réplicas y contrarréplicas en nada quedaron. Mas aquel mismo día 24 escribió Gastelu por orden del Emperador al secretario Vázquez: «Ilustre Sr.: el Emperador ha propuesto al Sr. Luis Quijada hoy, en acabando de comer, las causas que tiene para no poder dejar de servirse de él; y hasta agora no ha tomado resolución en quedar, por las muchas dificultades que halla para no poder hacello solo, y mucho mayores trayendo a su mujer, y teniendo tanta necesidad de estar en su compañía. Y estando el negocio en estos términos me ha mandado (*el Emperador*) que escriba con éste a Vuestra Merced que avise de lo que se da a D. García de Toledo, por razón de ser mayordomo de la señora Princesa, y asimismo al que lo fué de la Serma. Reina de Boemia cuando estaba en estos reinos, y también a los del Rey nuestro Señor y al Marqués de Denia, que lo era de la Reina nuestra señora, para que, entendido lo de todos estos, mire en lo que será justo hacer, y que, de más desto, le avise Vuestra Merced de su parecer, y que haya en ello todo secreto, sin que se entienda el fin porque se desea saber, y que venga la respuesta con el primero, porque importa la brevedad; y en el entretanto se irá entreteniendo la conclusion del negocio, aunque tengo por dificultoso el acaballo con él.»

Siete días después, el 31 de Agosto, volvió a escribir Gastelu al secretario de Estado Juan Vázquez: «El Sr. Luis Quijada, después de haber pasado muchas pláticas sobre su quedada o ida, ha determinado, sin embargo de todas las incomodidades que se han ofrecido para no poder traer ni estar aquí su mujer, de conformarse con la voluntad de S. M. y servirle y traerla aquí, como él lo debe escribir a Vuestra Merced; y para tratar del entretenimiento que le ha de dar (*el Emperador*) se aguarda la respuesta de la

que escribió a Vuestra Merced con el dicho correo... Su Majestad está bueno y muy contento con la quedada del Sr. Luis Quijada. Plegue a Dios que él y su mujer lo estén con el tiempo...»

Y llegada que fué la nota pedida a Juan Vázquez, el mismo Emperador escribió a Felipe II: «Hijo, a los 8 del pasado os escribí últimamente respondiendo a vuestras cartas, y tengo aviso de que Ruy Gómez recibió las mías en Laredo. Y después llegó aquí Luis Quijada, y habiéndole hablado sobre su quedada y que trajese a su mujer, mandé a Gastelu que lo hiciese más cumplidamente de mi parte; y puesto que se le ofrecieron algunas dificultades, todavía vino en ello: de que holgué como cosa que tanto deseaba. Y queriendo después que se platicase con él sobre el tratamiento que le tengo de hacer, se excusó dello, remitiéndolo a mí. Y para que pudiese atinar más en ello, se escribió a Juan Vázquez que avisase de lo que se había hecho con otras personas que han servido en semejantes lugares, el cual ha enviado la relación de que va con esta copia (1), por donde veréis lo que della resulta. Y como quiera que no sé la orden y comisión que sobre esto distes a Ruy Gómez, ni él me ha avisado della más de haberme man-

(1) En esta nota de Juan Vázquez constaba que el Conde de Cifuentes había tenido de sueldo 3.400 ducados como mayordomo de la Emperatriz: que el mismo sueldo habían tenido el Conde de Miranda y el Marqués de Tavera, mayordomos sucesivamente de los Infantes: que el Marqués de Denia y su mujer tuvieron 3.000 ducados como jefes de la Casa de la Princesa María de Portugal, primera mujer de Felipe II, y el gran Comendador de Castilla D. Juan de Zúñiga tuvo 2.000 ducados como ayo del Príncipe D. Felipe y 2.800 como su mayordomo mayor. El sueldo de D. García de Toledo no estaba consignado como mayordomo mayor de la Princesa D.^a Juana, sino que cobraba 2.000 ducados como ayo del Príncipe don Carlos y 4.040 para el plato, según la costumbre de la Casa de Borgoña. La opinión de Vázquez era en esto, que en vista de los grandes servicios y méritos de Luis Quijada, debía el Emperador de mostrarse liberalísimo.

dado copia de la carta que le escribistes a 10 de Junio, en que hay un capítulo en que habla en ello, le escribo con éste, para en caso que no se hubiese hecho a la vela, que me avise dello cumplidamente, con su parecer, y de la ayuda de costa que sería justo se le diese (*a Quijada*), atento a que no se le ha dado, después que llegué a estos reinos, y el gasto que ha hecho y el que se le ofrece en traer a su mujer y casa, y reedificar en la que en Cuacos ha de posar; con orden que si el dicho Ruy Gómez fuese partido, pase el correo adelante hasta alcanzarlo o donde vos estovierdes, para que, visto lo sobre dicho, miréis lo que en lo uno y lo otro debo hacer y me aviséis luego dello.»

Una vez decidido Luis Quijada a quedarse al servicio del Emperador y a traer a Jeromín y a D.^a Magdalena con toda su casa a la próxima aldea de Cuacos, ocupóse sin pérdida de tiempo, con su actividad acostumbrada, en disponer el alojamiento necesario. Compró a este propósito otras dos casas medianeras con la que él ocupaba; hizo de las tres una sola con todas las comodidades posibles en tan ruin lugar, y cuando ya estuvo todo listo y preparado y dispuesto él para marchar a Villagarcía y recoger y acompañar a D.^a Magdalena y su familia en tan penoso viaje, escribió desde Yuste a su corresponsal misterioso: «Desde Agosto estoy aquí sin haber ido a mi casa. Agora S. M. es servido que vaya y traya a mi mujer, y que vengamos de asiento; y aunque debéis haber entendido el trabajo que es residir aquí, lo hago con toda la descomodidad posible, teniendo entendido que S. M. es servido de ello, así que yo iré y volveré *con la compañía que ya sabe...*»

Y cuando hubo vuelto de su viaje e instalado en Cuacos a D.^a Magdalena y *la compañía*, apresuróse a notificarlo al corresponsal misterioso, envolviendo esta vez en un prudente *lo demás*, la inocente personalidad de Jeromín, tan

ajeno de que intervenciones tan altas siguiesen sus pasos. «Después de haber hecho en Valladolid lo que me envió a mandar por su carta, y avisádole particularmente de todo y del estado en que dejaba lo de allí, me volví a mi casa, de donde partí lo más en breve que pude con D.^a Magdalena y *lo demás*; y así llegamos aquí 1.^o de éste (Julio), donde hallé a S. M. con mucha salud y más gordo que yo le dejé, y con muy buena color y disposición.»

Llegó D.^a Magdalena a Cuacos el 1.^o de Julio, como en la precedente carta consta, y aquel mismo día envióle el Emperador un atento mensaje de bienvenida y un sólido presente de cecina, carnero fino criado sólo con pan y otras vituallas en que abundaba siempre la despensa de Yuste, pues Reyes, Príncipes, Grandes y Prelados disputábanse el honor de abastecerla, enviando cada cual por cargas lo mejor que se criaba en sus respectivas tierras.

Llegó Jeromín a Cuacos entusiasmado con la esperanza de conocer al Emperador, héroe legendario de sus ensueños guerreros, que se le representaba siempre con la empenachada cimera en la cabeza, cruzada la brillante armadura por la flotante banda roja, a caballo en aquel potro andaluz encapazonado de terciopelo y oro en que le pintó Ticiano en su famoso lienzo de Muhlberg, y le habían pintado a él mil veces en la imaginación las relaciones de Juan Galarza y Luis Quijada que allí juntos se hallaron. Harto comprendía el muchacho que en su ruindad de niño desconocido no le sería dado besarle las manos, ni oír su palabra, ni siquiera mirarle de cerca... Mas contentábase con verle de lejos, y ya sabía él por Luis Quijada que el Emperador solía pasear en la huerta y sentarse y aun comer a veces al aire libre en las terrazas del palacio.

Pasó, sin embargo, un día y otro día, y otro y otro, y a pesar de la vigilancia de Jeromín, no descubrió rastro al-

guno de Emperador ni por huertas ni terrazas. Hasta que al cabo, llamóle una noche D.^a Magdalena después de cenar y díjole que logrado tenía ya su anhelo con creces, pues que al otro día había de acompañarla a visitar al Emperador, como su paje de honor que era... Dióle al muchacho tal vuelco el corazón y de tal manera se le inmutó el semblante, que asustada la señora le rodeó con sus brazos: mas echándole Jeromín los suyos al cuello, con el tierno cariño que la profesaba, díjole ingenuamente que le amedrantaba la idea de que le hablase el Emperador y no supiera él qué contestarle.

El Emperador había invitado, en efecto, a D.^a Magdalena a que fuese a visitarle, y Luis Quijada dispuso que la acompañase Jeromín como paje de honor, llevándole un presente que D.^a Magdalena había de ofrecerle. Debió tener lugar esta visita en los primeros días de Julio, pues escribiendo Gastelu a Vázquez el día 19, hace referencia a ella como de cosa ya muy pasada: «El Sr. Luis Quijada, dice, está bueno y también mi señora D.^a Magdalena, a quien Su Majestad tiene cuidado de mandar visitar y regalar, y el otro día fué a Yuste a besarle las manos, y le hizo todo favor» (1).

El presente de D.^a Magdalena, que no hemos podido averiguar lo que fuese, probablemente guantes o pañuelos, fué llevado desde por la mañana a Yuste en una bandeja de plata cubierta con un damasco bordado. Doña Magdalena salió de Cuacos a las tres en su litera: a su lado cabalgaba Jeromín en la mulita romana que heredó Luis Quijada de su hermano Álvaro de Mendoza: iba tan galán

(1) También el monje anónimo de Yuste hace mención de esta visita: enumerando las que concurrían a Yuste, dice: «... Y D.^a Magdalena de Ulloa, mujer de Luis Quijada, la cual entró por la puerta del oratorio donde oye misa, y muy en breve se tornó a salir.»

con su ropita nueva de paje, que parecía una figurilla pintada. Detrás venían Juan Galarza y otro escudero, montados en sendos machos.

Apeáronse D.^a Magdalena y Jeromín a la puerta de la iglesia, como Luis Quijada había dispuesto, y atravesáronla hasta llegar al altar mayor, donde aquél les esperaba. Hizoles entrar entonces por aquella puerta vidriera que daba al dormitorio del Emperador; dió allí Quijada a Jeromín el presente en su bandeja de plata y entraron los tres juntos, Jeromín detrás, en la cámara del Emperador.

Prestaba la oscuridad aun más fúnebre aspecto a la entutada estancia, pues a causa del calor hallábanse corridas las cortinas y entornadas las ventanas. Arrimóse Jeromín a tuestas a la pared de un lado, como Luis Quijada le había dicho, y allí se estuvo muy derecho con su bandeja en las manos. Nada distinguió desde allí en los primeros momentos... Una especie de montón de cosas negras: una mancha pálida en el centro y una respiración fatigosa como de viejo asmático.

Recibió el Emperador a D.^a Magdalena *con todo favor*, como escribía a Juan Vázquez el secretario Gastelu. Fué la única señora que recibió en Yuste, excepción hecha de las reinas D.^a Leonor y D.^a María: incorporóse en su sillón para recibirla, cuanto le permitieron sus rodillas hinchadas, y se quitó ante ella su toca de tafetán ligero. Dióle a besar su mano, y con gracia y galantería digna de sus juveniles años, pidió luego licencia a Quijada para besar él la suya a la dama. Mandó darla junto a sí un sillón de brazos, cual si fuese una princesa de la sangre, y mandó también des-correr las cortinas y abrir las ventanas.

Entró entonces la luz a raudales, y Jeromín pudo ver de cerca lo que quedaba de aquel Emperador tan grande, de aquel héroe de tantas batallas... Un anciano encorvado.

con la barba blanca, caída la cabeza y la voz fatigada. Hallábase hundido entre cojines en su inmenso sillón, cubiertas las piernas con una rica y ligera manta de tafetán enguatado de plumas, regalo de su hija la Princesa D.^a Juana. A su lado había sobre una percha un magnífico papagayo, y sobre las rodillas tenía dos gatitos muy chicos de Indias, que le había enviado poco antes su hermana D.^a Catalina, la gran Reina viuda de Portugal.

Quedóse Jeromín atónito, y envalentonado ante aquella ruina, osó mirarle cara a cara. Mas en aquel momento levantó el Emperador la frente y posó como al acaso su mirada en el niño... Encogióse Jeromín y cerró los ojos, como si viera venírsele encima una montaña... ¡Allí estaba el Emperador: allí estaba el héroe de tantas batallas!... Conociásele en la mirada de águila, que reflejaba aún el genio y la gloria, y reflejaba también, al posarse en el niño, algo extraordinario, algo hondo, que no era seco, ni duro, ni indiferente tampoco, sino más bien dulce, amoroso, pero mezclado con otro *algo* que oprimía y angustiaba el corazón de Jeromín sin poder discernirlo, porque imposible era todavía a su alma inocente discernir los sombríos vislumbres que comunica al amor el remordimiento.

Duró aquello un segundo... Doña Magdalena hablaba al Emperador de su pre-ente, y Luis Quijada mandó aproximarse al niño para ofrecérselo. Acercóse Jeromín temblando como un azogado y púsose de rodillas ante el Emperador, levantando hacia él la bandeja. Tomó éste lo que dentro venía, con muchas razones de agrado y benevolencia, y colocólo todo sobre la mesa. Alargó luego su mano agarrotada para que Jeromín la besase, y púsose un momento sobre la rubia cabeza... A una seña de Luis Quijada, volvió Jeromín a su sitio.

Habíase alborotado mientras tanto uno de los gatillos

del Emperador, y corrió detrás de Jeromín haciéndole fiestas y subiéndosele por las piernecillas. Rióse el Emperador, y Jeromín muy turbado, empujaba suavemente con el pie al gatito para que tornase a su puesto. Díjole el Emperador:

—Traedle vos acá...

Cogió Jeromín al animalejo y lo presentó al Emperador poniéndose de rodillas.

Dióle éste de nuevo a besar la mano, y posósele por segunda vez un momento sobre la cabeza, como una bendición o una caricia.

Salieron por donde habían venido... Al entrar en la iglesia tiró Jeromín a D.^a Magdalena de las sayas y lanzóse con grande ímpetu en sus brazos llorando desconsolado... Atónita ella preguntábale el motivo de su aflicción, y el niño, muy bajo, pegándole casi al oído su roja boquita, repetía entre sollozos:

—¡Si no lo sé, señora tía, si no lo sé!...

Llegó Luis Quijada y le vió llorar... Mas no le preguntó la causa, ni le reprendió esta vez por su llanto.





XI

NUNCA volvió Jeromín a ver de cerca al Emperador: vióle desde lejos muchas veces, unas en la huerta, otras en la terraza, algunas en la iglesia, y en muchas de estas ocasiones vióle también el Emperador y sintió el muchacho sobre sí el peso de aquella mirada tan honda y tan extraña que tanto le impresionaba.

Tampoco D.^a Magdalena había vuelto a verle, pero recibía diariamente muestras de su favor, ya con visitas de personas calificadas, ya con delicados presentes. Raro era el día que no enviaba el Emperador a D.^a Magdalena algún plato de su mesa, y no llegaba a Yuste envió alguno de viandas, conservas, frutas o golosinas, que no mandase reservar una parte muy cumplida para D.^a Magdalena, la cual le remitía con palabras y razones de la mayor benevolencia: regalos éstos tan útiles como honrosos, porque escaseaban harto en Cuacos las provisiones y no eran las que había, de la mayor delicadeza.

El 30 de Agosto (1558) vió Jeromín al Emperador por vez postrera. Vagaba el niño por la huerta de Yuste con su

ballestilla en la mano, como por instigación del mismo Quijada solía hacer a veces en sus horas de paseo o de descanso. Estaba el día fresco para el verano de aquella tierra, y aunque el resol era grande en las terrazas, hízose sacar el Emperador a la de Poniente, y mandó que allí le sirviesen la comida. Oculto en el naranjal que había enfrente, contemplóle Jeromín largo rato.

Servíanle Luis Quijada y el ayuda de cámara Guillermo Van Male, en una mesilla pequeña hecha a propósito, que encajaba en el mismo sillón del Emperador. Van Male presentaba los platos; Quijada los trinchaba y servía, y cuatro criados entraban y sacaban los servicios. Faltaba el doctor Mathys, que solía inspeccionar las viandas, por hallarse ausente en Jarandilla; pero en pie, delante del Emperador, estaba Fr. Juan de Regla, el confesor, seco y austero como un cartujo de Zurbarán, leyendo un capítulo de San Bernardo, según era la ordinaria costumbre.

El Emperador comió poco y sin apetito, y, contra la opinión de Luis Quijada, empeñóse en dormir allí mismo, a pesar del resol, su breve siesta. Despertóle la llegada de Garcilaso de la Vega, que volvía de Flandes y andaba en tratos con la Reina viuda de Hungría para determinarla, en nombre del Emperador, a volver al gobierno de aquellos Estados. Duró más de una hora la plática, y a las cuatro tocó el Emperador su silbato de oro, quejándose de fuerte dolor de cabeza. Estaba muy demudado y agitábale un frío nervioso que le corría por el espinazo, piernas y brazos.

Acostáronle al punto, y al volver aquella noche Mathys de Jarandilla, donde el mismo Emperador le había enviado para ver al Conde de Oropesa, quedó muy poco satisfecho de su aspecto. Tampoco debía estarlo mucho el Emperador, pues aquella misma noche manifestó a Luis Quijada

el deseo de añadir un codicilo a su testamento hecho en Bruselas a 6 de Junio de 1554.

No alarmó a Quijada aquel deseo del codicilo, por habérselo manifestado el Emperador muchas veces antes: mas alarmóle aquel estado continuo de fiebre, delirio y desmayos, y el 1.º de Setiembre escribió a la Princesa D.^a Juana, suplicándole enviase a toda prisa al anciano Dr. Corneille Baersdorp, médico de la Reina D.^a María, que se hallaba con ella en Cigales.

Sentíase el Emperador herido de muerte, y el 3 de Setiembre confesó y comulgó, temiendo que algún nuevo y mortal ataque le cogiera desprevenido. El día 18 llegó de Cigales el Dr. Corneille, y volvió también Garcilaso de la Vega con la buena noticia de haber aceptado la Reina D.^a María el gobierno de los Estados de Flandes. No quiso, sin embargo, verle el Emperador hasta haber firmado su codicilo, lo cual hizo el 19 de Setiembre.

Conferenció al otro día largamente con Garcilaso, y tuvo la última satisfacción de su vida al saber que su hermana D.^a María cedía al fin en cosa que él tanto deseaba. Preguntóle con grande interés por el Regente Figueroa y el Arzobispo de Toledo Fr. Bartolomé de Carranza, que habían venido con Garcilaso de Flandes y debían estar camino de Yuste. Supo entonces que el Regente había quedado enfermo en Medina del Campo, y el Arzobispo, ignorante de la enfermedad del Emperador, caminaba a la sazón hacia Cigales para conferenciar con la Reina D.^a María de parte de Felipe II, y dar de allí la vuelta a Yuste.

Fatigóle mucho esta plática al Emperador, y ya no volvió a ocuparse en cosas de este mundo; mas viéronle tan decaído los médicos el día 19, que manifestaron a Luis Quijada la necesidad de administrarle la santa Unción. Amohinóse Quijada al oír esto, porque era de esos hom-

bres de carácter violento en quienes el dolor reviste siempre formas de mal humor y desagrado, y contestóles que no dejasen ellos de observarle el pulso y esperasen hasta el último instante. Mas pareció llegado aquel último instante a las nueve de la noche, y llamó el Mayordomo a toda prisa a Fr. Juan de Regla y a otros tres religiosos. Entró delante Quijada y dijo al Emperador:

—Vuestra Majestad ha pedido el Sacramento de la Extremaunción por dos veces: si es servido traerse ha, pues V. M. tiene salud y buen juicio para recibirle agora y gozar dél.

Respondió el Emperador:

—Sí, y sea luego.

Corrieron entonces las cortinas de la cama, y dióle Fray Juan de Regla la unción asistido por otros tres frailes de los más graves del convento.

Reanimóse algún tanto el moribundo en la madrugada del 20, y a las ocho de la mañana mandó salir a todos de su cámara, menos a Luis Quijada. Estaba ya casi exánime, incorporado entre almohadas, sin poder soportar por el calor más que la camisa y un ligero tafetán negro que le cubría hasta los pechos. Arrodillóse Luis Quijada a su cabecera muy afligido, y el Emperador con voz desfallecida pero sentido muy firme, le habló por media hora. Hé aquí sus palabras textuales, según las escribió el mismo Luis Quijada a Felipe II en carta del 30 de Setiembre de 1558: «El martes, antes que recibiese el Santísimo Sacramento, me llamó, y mandó salir fuera a su confesor y a los demás; y incádome de rodillas, me dixo: *Luis Quijada, yo veo que me voy acabando muy poco a poco: de que doy muchas gracias a Dios, pues es su voluntad. Diréis al Rey mi hijo que yo le pido que tenga cuenta con estos criados generalmente, los que aquí me an servido hasta la muerte, y que se sirva*

de Gilaone (1) el barbero en lo que le paresciere, y que mande que en esta casa no se deje entrar güéspedes. Y en lo que sobre mí me mandó dezir, no quiero hablar por ser parte. Tambien me mandó que dijese a V. M. otras cosas, las que le diré quando Dios trujere con bien a V. M. Plege a Dios sea con la felicidad que todos deseamos».

En esta última y suprema conversación con Luis Quijada tuvo el Emperador para Jeromín un muy extraño recuerdo... Encargó a su fiel Mayordomo entregase después de su muerte al niño Jerónimo, en uso y propiedad, la mula vieja de que él se había servido, el cuartago ciego que había conservado y el machuelo chiquito, que con las otras dos bestias formaban toda su caballeriza.

A mediodía llegó a Yuste el Arzobispo de Toledo, Fray Bartolomé de Carranza, un anciano robusto, de recia y destemplada voz y largos cabellos blancos muy descuidados. Venía en una mula blanca encapazonada, envuelto en un gran ropón morado sobre su hábito dominicano y un palio encima muy arrugado, con un pectoral riquísimo, regalo de María Tudor, la Reina de Inglaterra. Siguió hacia Cuacos la inmensa comitiva del Arzobispo, y apeóse él solo en Yuste con Fr. Pedro de Sotomayor y Fr. Diego Jiménez, dominicos, que le acompañaban. Llegóse el Arzobispo hasta el lecho del Emperador, y allí se puso de rodillas y le besó la mano. Miróle largo rato el moribundo sin decirle nada, y luego le mandó dar silla y le pidió noticias del Rey su hijo, que el Arzobispo había dejado en Flandes: mas a las pocas palabras atajósele bruscamente el Emperador mandándole ir a descansar en su posada. Recelaba Carlos del Arzobispo, pues habían llegado ya a sus oídos aquellas primeras sospechas de herejía que dieron muy en breve en

(1) Guillermo Wyckesloot.

prisión durísima con aquel desdichado anciano, tan perseguido por unos, tan defendido por otros y tan discutido por todos hasta en el día de hoy.

Fuese, pues, el Arzobispo a Cuacos a comer en casa de Luis Quijada, donde D.^a Magdalena le aguardaba. La gravedad del Emperador mantenía en la aldea excitación inmensa: hallábase en la calle el vecindario entero formando largo cordón desde Yuste hasta la iglesia del lugar, donde continuamente se hacían rogativas ante el Santísimo Sacramento. Doña Magdalena y Jeromín no descansaban: desde el amanecer iban y venían sin cesar mensajeros a Yuste para traer noticias: y desde aquella misma hora iba y venía también la noble dama desde el oratorio donde rezaba y lloraba, al estrado donde recibía las noticias y daba disposiciones para la llegada del Arzobispo, que de un momento a otro esperaba. Jeromín por su parte, nervioso, azorado, sin poder estarse un momento quieto, sentía unas veces grandes ímpetus de llorar, otras de encerrarse en el oratorio para rezar con D.^a Magdalena, y no pocas de lanzarse por el camino de Yuste y llegar aunque fuera a viva fuerza a la cámara del Emperador para contemplar una vez más aquel pálido rostro, engarzado como en marco de plata en su nevada barba. Nunca había visto el muchacho escenas de muerte, ni aun oído referir otras que las del campo de batalla, y pareciale que morir tan grande Emperador en una cama, era como matarle a traición, y que para aniquilar tan gloriosa existencia serían necesarios rayos, truenos, centellas; que los elementos todos luchasen entre sí, y se desquiciara y gimiese el orbe entero.

A las cuatro mandó el Arzobispo disponer su comitiva para volver de nuevo a Yuste, y entonces ocurriósele a Jeromín una idea... Sin decir una palabra a nadie ensilló él mismo su mulita romana y fuese al monasterio entre la co-

mitiva del Arzobispo. A nadie extrañó allí su presencia, pues teníanle todos por el paje de honor de Luis Quijada, y sin oposición ninguna llegó hasta la enlutada cámara vecina a la alcoba en que el Emperador agonizaba. Hallábase allí varios religiosos muy graves, el Comendador mayor D. Juan de Ávila, el Conde de Oropesa, D. Francisco de Toledo su hermano y D. Diego de Toledo, tío de ambos.

Acudió Luis Quijada a la entrada del Arzobispo, y encontróse con Jeromín cara a cara. El gran corazón del mayordomo pareció subirle hasta la garganta al verle, y aun llegaron a humedecerse los ojos del viejo soldado... Con grande amor y caridad acercóse al espantado niño y arrastróle suavemente fuera de la cámara, suplicándole con ternura que parecía empapada en lágrimas, que volviese a Cuacos al lado de D.^a Magdalena... Obedeció el muchacho sin replicar palabra, con la cabeza baja y los brazos caídos, lanzando al salir una mirada ansiosa a la cámara en que agonizaba su héroe... No vió nada: caían a plano las negras cortinas y por la entreabierta juntura divisábanse tan sólo los pies del enorme lecho, y encima el bulto de unas piernas agarrotadas casi, inmóviles bajo un ligero tafetán negro. El fatigoso estertor del moribundo llegó, sí, a sus oídos.

Entró Jeromín en Cuacos abatido en extremo, y encontró a D.^a Magdalena en su oratorio, rezando una y otra vez con sus dueñas y criados las preces de los agonizantes. Arrodillóse en un rincón entre ellos, y allí se estuvo quieto horas y horas: rendíale ya a las diez el sueño, invencible amigo de los niños, y obligóle D.^a Magdalena a echarse vestido en su propia cama de ella, prometiendo despertarle en el momento supremo. Sentóse la señora a la cabecera, reclinada en el mismo lecho, dentro de las cortinas, y púsose a rezar el rosario.

Dormía Jeromín inquieto, con afligida expresión pintada en la pálida carita: a veces levantaban su pecho nerviosos suspiros. Mirábale dormir D.^a Magdalena inquieta también y extrañada. De repente cruzó su mente por vez primera una vivísima sospecha. Interrumpió su rezo: miró ávidamente al niño; inclinóse sobre él como para besarle en la frente, y besóle al fin la manita que yacía a lo largo de su cuerpo...

En aquel momento la campana mayor de Yuste dejó escapar en el silencio de la noche un lúgubre tañido... Incorporóse D.^a Magdalena espantada y tendió el cuello como para escuchar, con las manos cruzadas en alto... Sonó otra campanada y luego otra... No había duda: era el toque de agonía... Doña Magdalena titubeó un momento; mas decidióse al fin y despertó suavemente al niño. Agarrósele éste al cuello espantado preguntando muy bajo:

—¿Ha muerto?... ¿Ha muerto?...

—Rezad, hijo, rezad; contestóle ella.

Y rezaron los dos abrazados el cántico de los muertos, el *De profundis clamavi*.

La campana seguía tañendo con fúnebre pausa... Oíanse en la calle rumores de pasos y carreras: ruidos de llantos y gritos... Sonaron seis campanadas juntas aún más graves y solemnes, y ya no sonaron más. Todo quedó en silencio.

Jeromín comprendió entonces que el grande Emperador había muerto como los demás hombres, sin que se nublase el sol ni se estremeciera la tierra.



XII

EL dolor de Luis Quijada por la muerte del César fué tan grande, que escribe a este propósito el monje anónimo de Yuste, testigo presencial de aquellos sucesos: «Acaeció que, salido el Arzobispo con los demás señores, como arriba dixe, a escrevir al Rey nuestro señor la muerte de su padre, se quedaron en el aposento, donde estava el cuerpo del Emperador muerto, los tres queridos de S. M.: el Marqués de Miravel, Luis Quixada y Martin Gaztelbú (Gaztelu), los quales hicieron y dixeron cosas, en sentimiento de la muerte de S. M., que, a no los conocer, fuera posible juzgar y sentir muy differentemente dellos y de su gravedad. Davan voces, davan gritos, dábanse palmadas en el rostro y calabaçadas en las paredes que parecia estaban fuera de sí, como lo estaban con la pena que sentian de veer muerto a su señor que en tantas honras les pusiera, y a quien tan tiernamente amavan y querian: decian muchas alabanças del César, referian sus virtudes. Y juntamente con esto, eran tantas las voces y gritos que davan que despertaron toda la casa de S. M., a que todos hiciesen otro tanto, asta

que les sacaron del aposento, adonde quedamos los quatro religiosos que belamos el cuerpo, como arriba diré.»

Aquel exceso de dolor produjo sin duda alguna en Luis Quijada cierta irritación nerviosa que le hizo por mucho tiempo más duro y más severo en su trato, y quizá menos circunspecto en su prudencia. Sólo con Jeromín parecía haber acentuado por el contrario, no ya sus cuidados y vigilancia, pues éstos fueron siempre extremados, sino las manifestaciones de su cariño y consideración, que antes eran más disimuladas.

Celebráronse por tres días solemnísimas honras en Yuste, estando de cuerpo presente el Emperador, y en todas ellas presidió Luis Quijada con loba cerrada de bayeta negra y capirote de luto que le tapaba el rostro casi por completo. A su lado estuvo los tres días Jeromín, también con loba y capirote, que sólo dejaba al descubierto aquellos sus ojitos garzos que todo lo veían y escudriñaban: *que cierto nos maravillamos, dice el monje anónimo de Yuste, cómo tuvo fuerzas para sufrir estar tanto tiempo de pie.*

Y acaeció aquel primer día de las honras que como viese Luis Quijada que un paje del Marqués de Miravel entraba en la iglesia una silla para su amo, mandósele retirar. Dijo el paje que su señor estaba enfermo, y érale menester si había de estar adentro. A lo cual replicó Luis Quijada:

—Pues quédese afuera; que no he de permitir yo que nadie tome silla ante el Emperador mi señor, ni vivo ni muerto.

Pidió Jeromín a Luis Quijada el papagallo del Emperador, y uno de sus gatitos que quedaba por haber muerto el otro poco antes; y con verdadera complacencia trájose los Luis Quijada a Cuacos y púsolos al cuidado del niño, mientras no los reclamase la Princesa D.^a Juana, a quien se había notificado ya la existencia de los animalejos. Y

tal preponderancia debió tomar aquel augusto Zapirón sobre el rígido Mayordomo, que en una carta de éste al secretario de Estado Juan Vázquez pone esta curiosa postdata: «Ha dos días que esta carta estaba escrita; y por lo mucho que ha havido en que entender, y porque quise esperar a que todos fuesen partidos, no he despachado. Hoy han acabado de arrancar de aquí con todo su bagaje, y Vuestra Merced perdone el ir cortado el papel, que el diablo del gatillo me ha derramado un tintero de tinta en la otra hoja».

Permaneció Luis Quijada en Cuacos hasta fines de Noviembre, porque todo este tiempo le fué necesario para el pesado trabajo de levantar la casa del Emperador, hacer inventarios, despedir servidumbres, ajustar cuentas y pagar deudas. Aprovechó esta ocasión D.^a Magdalena para hacer una visita con Jeromín al no lejano santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, y durante su ausencia ocurrióle a Luis Quijada un caso que le sorprendió y disgustó, aunque de mucho tiempo atrás debiera tenerlo previsto.

Y fué ello que ni a los muchos y graves personajes que hospedó en Cuacos Luis Quijada, ni a los frailes del monasterio que allí acudían de continuo, ni a las mil personas indiferentes que por diversos conceptos cruzaron aquellos lugares durante la estancia del Emperador, pudo pasárseles por alto aquella simpática figura de Jeromín que tan natural encanto reflejaba, ni la posición extraña que parecía ocupar en casa de los Quijadas, a poco que se les observase de cerca. Hiciéronse sobre ello muchas suposiciones y comentarios; y tan graves fueron las unas y tan alto llegaron los otros, que un día, cuando menos Luis Quijada lo pensaba, encontróse con una carta del Secretario de Estado, Juan Vázquez, preguntándole sin rodeos, en nombre de la Princesa D.^a Juana, si era cierto que el Emperador hu-

biese dejado un hijo natural muchacho, que estuviese a su cargo de él desde años antes; porque S. A. deseaba proveer a todo ello si el caso fuera verdadero.

Alborotóse Luis Quijada ante pregunta tan grave, y apresuróse a contestar a Juan Vázquez el 18 de Octubre: «En lo que Vuestra Merced dice del mochacho que está en mi poder, es verdad que me lo encomendó un amigo mio años ha; y no se ha de creer que es de S. M. como Vuestra Merced dice que se ha publicado ahí, pues en su testamento, cuya copia que tenia en su poder nos hizo leer a Gastelu en su presencia, a su confesor y a mí, ni en el codicilio que despues otorgó, hace mencion de nada de esto; y siendo esto así, no sabia más que poder responder a ello».

Y no contento con esto Luis Quijada, y como para salvar su responsabilidad ante aquel su misterioso corresponsal de Flandes, único con quien trataba las cosas de Jeromín, escribió desde Cuacos: «Veinte días despues del fallecimiento de S. M. I., me escribió Juan Bazquez, de parte de la Serma. Princesa, que le avisase si era verdad que en mi poder avia un niño, queriéndome dar a entender que se habia dicho ser de S. M., y que yo le avisase, en público o en secreto, de lo cierto dello, para que, si fuese verdad, se probeyese lo que cerca desto dexara ordenado. A que le respondí ser así que yo tenia un mochacho de un caballero amigo mio, que me habia encomendado años a, y que pues S. M. ni en su testamento ni codicilio, no hacia memoria dél, que era razon tenello por burla, y que no sabia que poder responder otra cosa, ni en público ni en secreto. Y aunque sé que teneis entendido lo que en esto hay, y el inconveniente que podria resultar de semejante publicación, todavia, por lo que toca a mi descargo de haverseme escrito lo sobredicho, y haver sabido por otras vias que se

trata desto, me ha parecido avisarle dello, para que sepa que en esto he hecho lo que devo y soy obligado».

Volvió a la carga Juan Vázquez sobre el mismo asunto, y mohino ya el Mayordomo, contestóle, aludiendo a la creencia errónea en que estuvo el secretario, a pesar de las seguridades que Luis Quijada le daba en contra, de que el Emperador mandaba aderezar meses antes una casa del Arzobispo en Alcalá, para trasladarse allí, abandonando a Yuste. «Por tan cierto me parece que va teniendo lo de este mochacho Vuestra Merced, como el adereçar S. M. la casa de Alcalá para irse a ella. Pregunte Vuestra Merced al fator cuanto ha, y lo que yo le dije sobre cierto juro que queria comprar yo para este niño».

Mas como a su paso para Valladolid, camino ya de Villagarcía, viese Quijada aquel mismo rumor de que se hacia eco Vázquez, extendido por todas partes y le molestaran a él con preguntas e indirectas, escribióle ya sin ambages ni rodeos, el 13 de Diciembre, al corresponsal misterioso de Flandes, que no era otro sino la propia Majestad Católica del Señor Rey D. Felipe II: «Hallo tan público aquí lo que toca aquella persona que V. M. sabe que está a mi cargo, que me ha espantado, y espántame mucho mas las particularidades que sobrello oyo. Venia con temor que la Serma. Princesa no me apretase a que yo le dijese lo que sobresto sabia, lo qual, por no tener la libertad que seria razon para decillo, venia determinado a cerrarme, y no responder mas de lo que la primera vez habia hecho; de que a V. M. he avisado desde Yuste. Pero S. A. me hizo tanta merced, que palabra no me habló en ello hasta agora; y ansí no pienso responder a nadie que me preguntare, sino que yo no sé nada de lo que el pueblo dice; mas tambien sé que lo que en esto hay, que casi que lo debe saber la verdad la Serma. Princesa, segun me han dicho. Pero la vo-

luntad de S. M. para que V. M. la entienda, era questo estuviese secreto hasta la venida de V. M. y desde allí adelante se hiciese lo que V. M. mandase. Yo no hago más demostraciones en esto que lo que hacia en vida del Emperador; mas tengo mucho cuidado que aprenda y se le enseñen las cosas necesarias, conforme a su edad y a la calidad de su persona, que, segun la estrechez en que se crió y ha estado hasta que vino a mi poder, es bien menester con todo cuidado tener cuenta con él. Y así me ha parecido avisar a V. M. de lo que pasa, y de la determinación que S. M. tenia y pensaba hacer, para que V. M. la entienda y mande lo que fuere servido haga. Tambien ha tenido, de diez dias a esta parte, unas tercianas dobles arto ruines: mas, bendito sea Dios, yo vine ayer de mi casa, y le dejé sin ellas y fuera de peligro».

Agradóle a D. Felipe esta lealtad de Quijada, y contestóle de su puño y letra que guardase fielmente el secreto, tal como el difunto Emperador le había encomendado hasta la llegada de él a España, que sería muy en breve; pero que no le alarmasen los rumores que corrían, porque allí en Flandes era ya la verdad pública. Al testamento hecho en Bruselas por el Emperador, acompañaba un pliego cerrado con este sobreescrito de su propia mano: *No ha de abrir esta cédula otro que el Príncipe mi hijo, y en su defecto dél, mi nieto, D. Carlos; y en su defecto el o la que fuere mi heredero o heredera, conforme a este mi testamento al tiempo que se abriere.*

Dentro de este sobre hallábase la siguiente declaración firmada por el Emperador y sellada con su sello secreto:

«Demás de lo contenido en este mi testamento, digo y declaro que, por quanto estando yo en Alemania, despues que enbiudé, hube un hijo natural de una mujer soltera, el cual se llama Jerónimo, y mi intencion ha sido y es que,

por algunas causas que a esto me mueven, que pudiéndose buenamente endereçar, que de su libre y espontánea voluntad, él tomase hábito en alguna religión de frayles reformados, a lo cual se encamine sin hacerle para ello premia ni extorción alguna. Y no pudiendo esto guiar así, y queriendo él más seguir la vida y estado seglar, es mi voluntad y mando que se le den de renta, por via ordinaria, en cada un año, de veynte a treinta mil ducados en el reyno de Nápoles, señalándole lugares y vasallos con la dicha renta. Lo qual todo, así en el señalar los dichos, como en la cantidad de la renta, que la suma susodicha sea como pareciese al Príncipe mi hijo, a quien lo remito; y en defecto dél, sea como pareciere a mi nieto el Infante D. Carlos, o a la persona que, conforme a este mi testamento, fuere mi heredero o heredera, al tiempo que se abriere. Y cuando el dicho Jerónimo no estuviese por entonces ya puesto en el estado que yo desseo, gozará de la dicha renta y lugares por todos los días de su vida, y despues dél, sus herederos y sucesores legítimos, de su cuerpo descendientes. Y en qualquiera estado que tomare el dicho Jerónimo, encargo al dicho Príncipe mi hijo y al dicho mi nieto, y a qualquiera mi heredero, que, como dicho tengo, tubiere al tiempo que este mi testamento se abriesse, que lo honre y mande honrar, y que le tengan el respeto que conviene, y que haga guardar, cumplir y executar lo que en esta cédula es contenido. Lo qual firmé de mi nombre y mano, y va cerrada y sellada con mi sello pequeño y secreto, y se ha de guardar y de poner en efecto, como cláusula del dicho mi testamento. Hecha en Bruselas, a seys dias del mes de Junio de 1554.

»Hijo o nieto, o qualquiera que al tiempo que este mi testamento y cédula se abriere, y fuere conforme a él mi heredero o heredera, si no tuviéredes razon de donde esté